



Embarcados en el 2010

Carlos M. Adrianzén Cabrera
Economista

Han transcurrido ya unos días del 2010 y, a pesar del bajón en el crecimiento nacional registrado en 2009, el ambiente actual es el de una expectativa positiva. Todos queremos buenas noticias. A diferencia del año 2009, iniciado en medio de predicciones de una depresión similar a la de los años 30, hoy se habla de recuperación. Una recuperación moderada, lenta y no exenta de eventuales accidentes. En este ambiente, es torpe cerrar los ojos y apostar por los mercados internos (el 2009 contrastó que los planes contracíclicos con un dólar casi fijo resultan poco efectivos). Nuestra suerte va a estar moldeada por lo que suceda fuera y por la forma como manejemos una etapa preelectoral. En buen español, vamos a poder aclarar dudas respecto a si nos parecemos más a Asia, o si retornamos accidentalmente a las sendas latinoamericana-

nas típicas (al estilo ecuatoriano o argentino).

Pero, ¿tenemos motivos fáciles para esperar un buen 2010? Muchos analistas sostienen que la respuesta es positiva y que con la recuperación global y la misma receta aplicada en 2009 alcanzaría. A mí, como a usted estimado lector, me encantan las proyecciones bonitas, pero razonables. Existen cabos sueltos; con un paquete keynesiano simplón, no basta.

Por eso, si no queremos terminar otra vez –dizque felices– con un crecimiento económico cercano al crecimiento demográfico, hay que ajustar algunas tuercas. Para ello, prioricemos celosamente la responsabilidad fiscal. Debemos gastar solo lo que se recaude. Recordemos aquí que, quienes impulsaron la economía, fueron los privados;

nunca fue el gasto estatal. Asimismo, apostar por recalentar un mercado interno, aún pequeño, no es una buena idea. El Perú creció –y puede seguir creciendo muchos años más– dentro de un círculo virtuoso de exportación-inversión. Urge facilitar agresivamente el comercio exterior y la inversión.

Para ello, resultan críticas las acciones difíciles (no palabrería) en materias de mayor flexibilidad laboral o alivio del peso estatal. Finalmente, notemos que, en estos tiempos, las devaluaciones competitivas en otras plazas no han sido escasas.

Finalmente, abandonemos el miope manejo cambiario actual, y transitemos a un dólar flotante (eliminando tanto la distorsión asociada con mantener un límite bajo a las inversiones previsionales privadas y las intervenciones no esterilizadas. ■